



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Leyenda áurea: El buen indio y el Calibán indiano

Autor: Ortega y Medina, Juan Antonio

Forma sugerida de citar: Ortega, J. A. (1987). Leyenda áurea: El buen indio y el Calibán indiano. *Cuadernos Americanos*, 1(1), 16-29.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año I, núm. 1, (enero-febrero de 1987).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LEYENDA AUREA. EL BUEN INDIIO Y EL CALIBAN INDIANO*

Por Juan A. ORTEGA Y MEDINA
UNAM, MÉXICO

Dichosa edad y siglos dichosos aquéllos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de "tuyo" y "mio". Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzar de las robustas encinas, que libremente les estaban convidando con su dulce sazonado fruto... Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia.

Discurso de Don Quijote a los cabreros.

CUENTA el labriego de Ascra, en *Los trabajos y los días*, que en tiempo en que nacieron los dioses y los hombres mortales, los inmortales crearon la Edad de Oro de los humanos hablantes. Vivían éstos como dioses y estaban dotados de un espíritu tranquilo; no conocían el trabajo ni el dolor, ni la cruel vejez; guardaban siempre el vigor de sus miembros y lejos de todos los males morían como se duerme. Eran dueños de todos los bienes y la fértil tierra producía por sí sola toda suerte de abundancia; con profundo sosiego compartían estas riquezas con los demás hombres irreprochables.¹

La segunda generación suscitada por los habitantes de las moradas olímpicas fue muy inferior a la primera. La Edad de Plata, bien distinta de la áurea, no fue semejante a ésta y los hombres,

* Este ensayo formará parte de la obra que llevará por título *Imagología del bueno y del malo salvaje*.

¹ Libro I.

así en la inteligencia como en las proporciones físicas, resultaron disminuidos, abrumados de dolores, esupidizados y desdeñosos de los dioses. Irritado, Zeus absorbió a tal generación y la Tierra los escondió en su profundo seno.

El padre Zeus creó una tercera era o Edad de Bronce, muy diferente de la argéntea, caracterizada por una raza robusta de hombres violentos, feroces y parlantes, que se domeñaron unos a otros con sus propias manos hasta acabar todos en el reino negro de Tánatos.

Siguió a esta generación otra de semidioses que fue destruida en dos guerras (Tebas y Troya) y sus espíritus fueron a habitar las islas de los Bienaventurados allende el profundo océano.

En la quinta generación, la suya, la de la Edad de Hierro, exclama condolido Hesíodo, el pastor beocio, los hombres no cesan de estar abrumados de trabajos y miserias durante el día ni de estar corrompidos durante la noche. Entre estos míseros hombres no hay ninguna piedad ni justicia y por ello serán destruidos cuando se les tornen blancos los cabellos.²

Epicuro nos presenta a su vez al hombre desprovisto de razón y, por tanto, sin medios adecuados ni fuerzas para luchar por su existencia. Este ente primitivo poco a poco va descubriendo el medio de servirse del fuego, inventa el arte de edificar sus cabañas y de utilizar las pieles de los animales para cubrirse. El lenguaje aparece como una espontánea perfección de los gritos guturales que como en todo animal eran una natural manifestación de los sentimientos internos. Como puede verse, la explicación materialista epicúrea se acomoda mejor que la idealista a la antropológica de nuestros días sobre la evolución del hombre prehistórico.

La literatura y la tradición latinas asumen el tema, lo hacen suyo, tal es el caso de Virgilio, pero lo bifurcan clásicamente en la interpretación progresista epicúrea, optimista, y en la pesimista estoica. En la obra de Lucrecio Caro, *De la naturaleza de las cosas*, nos presenta el poeta los primeros tiempos de la todavía virgen Tierra, engendradora de todos los gérmenes. Las plantas surgen primero, los animales después y, por último, aparece el hombre. Asistimos a la vida incierta y salvaje de los primeros seres humanos, al origen del lenguaje y de la sociedad, a la invención de las artes y al lento establecimiento del orden (*cosmos*) en el caos de las sociedades primitivas.³

Lucio Anneo Séneca, en su Epístola xc, alude con añoranza desde su concepción filosófica estoica a las tres edades del mundo

² *Loc. cit.*

³ Libro V.

(oro, plata y bronce-hierro), fundiendo así la tercera y quinta de Hesíodo en una sola o actual, caracterizada por la violencia y degenerada tanto física como moralmente (Imperio Romano, siglos I a VI). La Edad de Oro, época del reinado de Saturno, fue aquella en la que se vivía en la inocencia, se desconocían los males y los crímenes, la Tierra producía generosamente y sin cultivo todo cuanto fruto pudiera el hombre apetecer para su alimento y regalo, los humanos vivían felices, no existían el egoísmo ni la avaricia ni la ambición: *todo era de todos*. Las artes no se habían aún inventado y los mejores regían con beneplácito los destinos de los demás, contribuyendo de este modo a hacerlos virtuosos: edad paradisiaca, ajena al egoísmo, sin falsos pudores ni hipocresías. Disminuidos o marchitos tan puros valores, la era dorada da paso a la Edad de Plata, tiempo en que Saturno permaneció en Italia enseñando la agricultura. Los hombres dejan de ser virtuosos y la codicia comienza a dar sus primeros fatales pasos. La tierra pierde en buena parte su fertilidad y el hombre se ve obligado a cooperar con ella para obtener frutos substanciales y sabrosos. Los sabios inventan las artes, y la guerra y el derecho incipientes dan lugar a la distinción paulatinamente acrecentada entre los que tienen algo que guardar y defender y los que nada poseen. Rotos ya los diques que contenían algún tanto el torrente de las pasiones, se inicia la Edad de Hierro y los hombres se entregan a toda clase de vicios, abandonan la virtud y se declaran mutuamente una guerra a muerte. El hombre se convierte en el lobo del hombre y para preservarse de la destrucción total tiene que gobernarse mediante leyes tan bárbaras e injustas como él mismo. La tierra se niega a producir y obliga a los humanos mediante esfuerzos y sudores extremos a obtener el sustento de la misma.

Por la vía de escape del bucolismo poético los vates clásicos buscan el modo de hurtarse a tan triste cuanto miserable etapa férrea, e imaginan a manera de compensación enajenante e ilusoriamente utópica, una Arcadia habitada por pueblos de pastores (arcadios o árcades) donde reina la inocencia y la felicidad.

Con el cristianismo y a todo lo largo de la Edad Media (etapa violenta, guerrera, codiciosa, lentamente dulcificada por la caridad e iluminada piadosamente por la belleza del románico y del ojival, así como por la exactitud y claridad lógica de la *Suma Teológica*) la edad áurea de la literatura pagana se convierte en el Edén o Paraíso perdido que hay que recobrar o encontrar, como creyó localizarlo Cristóbal Colón, hombre medioeval con ribetes renacentistas, aguas arriba del caudaloso Orinoco.

Humanistas y artistas del Renacimiento redescubren a su vez el tema clásico de la Edad de Oro y del ente dichoso que se suponía gozaba de ella. Pero esta vez la utopía se topiza o, por mejor decir, se hace terrenal, como escribió Eugenio de Imaz.⁴ La presencia real de América, previa su *invención* por los humanistas y los poetas,⁵ transforma la utopía clásica en sueño despierto de casi Paraíso terrenal habitado por seres humanos buenos y nobles que conviven armoniosa y felizmente en una tierra fragante, bella y rica que les cede sus más opimos frutos sin mayores esfuerzos. La supuesta edad áurea se convierte en realidad americana, no menos que el famoso *filósofo desnudo* de los antiguos se actualiza en el hermoso, débil, mansuetísimo, discurrente y racionalista salvaje isleño. La escena, reconstruida al estilo clásico, corre a cuenta de Pedro Mártir de Anglería: un anciano y grave indio todo desnudo se acerca al Almirante y tras regalarle un canastillo lleno de frutos y flores le espeta este discurso:

Nos han contado que tú has recorrido con ejércitos poderosos todas estas provincias que hasta ahora te eran desconocidas y que has causado no poco miedo a los pueblos que las habitan. Por lo cual te advierto y amonesto que las almas, cuando salen del cuerpo, tienen dos caminos: uno tenebroso y horrible, preparado para aquellos que hacen daño al género humano; otro placentero y deleitable, destinado para los que en vida amaron la paz y tranquilidad de las gentes. Si, pues, tienes presente que eres mortal, y que a cada uno le están señalados los méritos futuros según las obras presentes, no harás mal a nadie.⁶

Colón quedó maravillado con aquel breve y sentencioso discurso proveniente de "un hombre desnudo", máximo cargo que, según Montaigne, los civilizados europeos hacían a los indios por no llevar calzones. También el octogenario aborigen quedó pasmado con la réplica de Colón, especialmente cuando explicó su presencia en aquel mundo natural y virgen para castigar por orden de los reyes de España a los canibales y otros malos hombres, y para honrar y defender a los buenos.⁷

⁴ "Prólogo" a la edición de *Utopías del Renacimiento*, México-Buenos Aires, FCB, 1966, pp. 15-16.

⁵ Alfonso Reyes, "La última Thule", en *Obras Completas*, tomo XI, México, FCE, 1970, p. 75.

⁶ *Décadas del Nuevo Mundo*, trad. de Joaquín Torres Asensio, Buenos Aires, Bajel, 1944, p. 40.

⁷ *Ibid.*, p. 41.

Colón busca riquezas y aquellos primeros isleños no daban prueba de poseer muchas; entonces se siente obligado a disimular su desencanto áureo mediante la descripción de las edénicas islas que iba descubriendo ("muy bellas, de montes sublimes y agradables a la vista, de campos feraces") y de los habitantes ("gentes ingeniosas, bien proporcionadas, como calcas de estatuas antiguas, tímidas y espléndidas, inocentes, de bonísima fe y dadivosas").⁸ Tal descripción movió la pluma del humanista Pedro Mártir y le hizo escribir lo que sigue:

Tienen ellos por cierto, que la tierra así como el sol y el agua es común y que no debe haber entre ellos *mío* y *tuyo*, semillas de todos los males, pues se contentan con tan poco, que en aquel vasto territorio más sobran campos que no le falta a nadie nada. Para ellos es la edad de oro. No cierran sus heredades ni con fosos, ni con paredes, ni con setos; viven en huertos abiertos, sin leyes, sin libros, sin jueces; de su natural veneran al que es recto; tienen por malo y perverso al que se complace en hacer injuria a cualquiera; sin embargo, cultivan el maíz y la yuca y los ages.⁹

Américo Vespucio también confirmará que la gente vista por él en la *Cuarta Parte* del mundo vivía y se contentaba con lo que buenamente le daba la naturaleza, que tenía en poco la riqueza y que, por lo mismo, resultaba extremadamente liberal. Empero, al lado de esta descripción amable y eldorádica, en la carta conocida generalmente como *Cuatro viajes* aparece la otra cara, la del indio indómito y fiero, caníbal y guerrero, cruel y traicionero, bestial, en suma.¹⁰ También Colón desde su primera carta se refiere a otros indios "muy feroces", nada amables, de largos cabellos, los cuales —según la epístola del doctor Chanca al Cabildo de la Ciudad de Sevilla, escrita probablemente a fines de enero de 1494, después de la primera expedición de Ojeda, dando cuenta del segundo viaje del Almirante— son habitantes de las islas Caribe y "comen carne humana".¹¹ En la traducción latina hecha por Cozco se lee que "*hi carne humana vescuntur*", refiriéndose Colón

⁸ Cit. por Edmundo O'Gorman, en *Cartas del Almirante Don Cristóbal Colón al Sr. Rafael Sánchez, Tesorero de los Reyes* (edición facsimilar). México, UNAM, 1939, pp. 5-8, 12-13.

⁹ Pedro Mártir, *op. cit.*, p. 41. Los "ages" son el ají o chile.

¹⁰ Véase la edición facsimilar, *Carta de Américo Vespucio de las Islas Nuevamente Descubiertas en Cuatro de sus Viajes*, México, UNAM, 1941, pp. 38, 42, 48, 53, 54, 61.

¹¹ Edmundo O'Gorman, comp., *Navegaciones colombinas*, México, SEP, 1949, Carta Segunda, p. 28.

a los indios de la isla Charis o Caribs simplemente de oídas. Estos charibs, caribs o canibales no eran al parecer antropófagos y el calificarlos así se debió al error de traducir que se alimentaban de carne viva o cruda por "éstos se alimentan de carne humana".¹² Sea como fuere, los testimonios españoles, portugueses e italianos confirman (para nuestro objeto no importa que dichos testimonios sean falsos o verdaderos) la presencia de la otra cara negativa y afrentosa del indio americano. Al observarse por primera vez en la historia del género humano la presencia de una cuarta raza, la americana, que ponía en crisis la tradicional creencia en un mundo rigurosamente jerárquico habitado también por la triple herencia, asimismo jerarquizada, del Padre Noé, como lo ha señalado Edmundo O'Gorman, la jánica cara del nuevo ente histórico aparece primero como la *del noble y buen salvaje*, que casi de inmediato se trueca en su contrario: la del mal salvaje, no ya tan sólo bárbaro, mal menor, sino de naturaleza bestial. El revelado positivo tenía el respaldo de la tradición clásica y de la renovación renacentista; el negativo se apoyaba en la realidad inventada, manipulada o asumida por historiadores y cronistas. El "filósofo desnudo" de Pedro Mártir, personaje central en el drama de El Dorado americano, "prepara ya el buen salvaje" de Rousseau (como escribe Alfonso Reyes) y el fastuoso exotismo oriental del mundo antiguo y del medioeval se transforma en exotismo americano.¹³

Con ayuda del Padre Las Casas y de otros críticos españoles se llegó a lamentar, no sin gran dosis de hipocresía, la efímera vida de la etapa áurea americana y del bueno y noble salvaje. La protesta contra esta destrucción partió ante todo de la propia España e inmediatamente cundió la condena en todas las potencias europeas enemigas del imperio español, no tanto por motivos humanitarios como por principios políticos, económicos y hasta religiosos. El monumento jurídico más excelso del iusnaturalismo español del siglo XVI (*La Brevisima*, 1552) se convirtió en un instrumento propagandístico formidable para denostar a los aborrecidos españoles y fundamentar la llamada leyenda negra.

Países como Holanda, Francia, Suecia e Inglaterra tuvieron también que contender con el indio americano y de hecho lo hicieron no contra el ente mítico e ideal, el noble salvaje imaginado

¹² Véase en Julio C. Salas, *Los indios caribes*, Madrid, 1920, lo relativo a la traducción latina de Leandro Cozco. Véase también Lewis Hanke, *Aristotle and the American Indians*, London, Hollis and Carter, 1959, p. 144 n. 14 y la carta de Colón (latín-español) a Rafael Sánchez (*Cartas del Almirante...*, p. 13).

¹³ Alfonso Reyes, *op cit.*, p. 58.

durante los primeros contactos de los navegantes europeos. Sin embargo, el poder embelesador de la leyenda áurea y del indio paradisíaco estaban tan arraigados que nunca murieron del todo, como lo prueba su renacimiento en el Siglo de las Luces, cuyos hombres de mayor significación, al igual que sucedió con los más representativos del siglo XVI, vieron en el buen salvaje la contrafigura del europeo civilizado y por tanto envilecido por los egoísmos desbocados y la corrupción de la propia edad férrea europea.

En el siglo XVI, movidos también los ingleses isabelinos por el sugestivo y nostálgico ensueño de la edad dorada, se pusieron en contacto con el indio piel roja y no dejaron de idealizar, como era de rigor, la presencia física y moral de éste. El capitán Barlow, enviado por Walter Raleigh a la que será llamada Virginia, describe a los hombres y mujeres de la tribu tuscarora como gente hermosa, bondadosa y civilizada:

Cuando nos acercamos (en nuestro batel) y allegamos cabe a la orilla, la esposa de Granganimeo vino corriendo a saludarnos muy afectuosa y amistosamente. Su marido no estaba en ese momento en la aldea, y ella mandó entonces a algunos de los suyos que nos remolcasen hasta la orilla donde rompían las olas; encargó a otros que nos llevasen a cuestas hasta la playa y a otros que recogiesen nuestros remos y los llevasen a la casa, no fueran a robárnoslos. Cuando entramos en el aposento exterior (porque la vivienda tenía cinco) nos hizo sentar en torno a un gran fuego y después de quitarnos la ropa y tras lavarla y secarla, algunas de las doncellas presentes nos quitaron las medias y las lavaron, y otras lavaron asimismo nuestros pies con agua caliente. La cacica se esforzó cuanto pudo por atendernos y en ordenar todas las cosas de la mejor manera, dándose mucha prisa en prepararnos algo de comer. Después de habernos secado nos pasó a un aposento interior y puso sobre la mesa, que corría a lo largo de la casa, cierto manjar que parecía hecho de trigo, además de carne de venado curada y asada, pescado seco, cocido y asado, melones en crudo y preparados, raíces de diversas especies y frutos variados. La bebida de los indios es generalmente agua; pero preparada con jengibre y canela negra, y a veces sazafrán y otras hierbas y hojas salutíferas y medicinales. Nos atendieron, pues, con todo amor y fineza y con la mayor liberalidad que, a su manera, les fue posible. Hallamos a aquella gente muy mansa, amorosa, fiel y sin malicia, y tal como si estuvieran viviendo aún en la edad dorada.¹⁴

¹⁴ Cit. por Howard Mumford Jones, *Este extraño Nuevo Mundo*, trad. de Andrés Mateo, México, UTEHA, 1966, p. 33; el subrayado es nuestro. Véase también "The first voyage to the coast of America", *apud* F.

Por lo que toca a la tierra, al acercarse el capitán Barlow a la sonda de Pamlico (1584) percibió aromas y fragancias deleitosas: "el día 2 de julio —escribe en su informe— hallamos aguas poco profundas y percibimos un tan dulce y penetrante olor, que parecía como si estuviéramos en medio de un delicado vergel cuajado de toda suerte de odoríferas flores".¹⁵

Y cuando el hermano del "rey" Granganimeo llegó en una de las canoas indias a saludar a los ingleses, Barlow escribe que arribó "acompañado de cincuenta guerreros, gente hermosa y bondadosa que mostró así en su conducta como en sus modales, tanta civilidad como la que pudiera mostrar cualquier pueblo de Europa".¹⁶

Por el momento la naturaleza y el hombre americanos se mostraban idealmente potenciados, realzados, que era como tenía que ser o, mucho mejor, como se quería comprobar en este primer abordaje edénico, con los ojos ávidos y asombrados de estos primeros navegantes europeos. Como en el caso de Colón, a falta de oro había que dirigir la atención del ansioso y asombrado lector hacia la bondad del clima, el verdor de los árboles, los trinos de los pájaros y la inocencia de los indios. La magnífica presencia física de éstos causó la admiración de los europeos, y la lente estilística mediterránea y nórdica captó esta notable realidad que desbordaba ampliamente los raquíticos módulos de la mayor parte de los habitantes del Viejo Mundo, tal y como pudo comprobarlo y testimoniarlo Raleigh al ponerse en contacto con los indios de la Guayana.

Mediante la óptica estilística del Renacimiento italiano y nórdico el indígena fue representado con formas apolíneas o venusinas, según el caso, que, a decir verdad, no exageraban ni idealizaban en extremo la belleza de las formas físicas naturales. Las acuarelas de John White (1584-1587) y los grabados que de las mismas realizó Teodoro De Bry, las escenas del mundo aborigen naturalista, del hombre natural, captadas por el pintor Jacobo Le Moyne, así como las ilustraciones de Jean Lambert a la edición de *Las cartas de Vespucio* (1505?), las de la obra sobre los descubrimientos de los hermanos Zenó y las del segundo volumen de la *Cosmographie Universelle* de Thévet (1575) representan a indios e indias heroizados, deificados, de proporciones clásicas o renacentistas estereotipadas.

Coleman Rosenberg, *A treasury of writing*, New York, 1948, p. 37; Richard Hakluyt, *The principal navigations, voyages, traffiques and discoveries of the English nation*, London, 1919, vol. VI, pp. 121-139.

¹⁵ *Loc. cit.*

¹⁶ Véase *La Evangelización Puritana en Norteamérica*, México, FCE, 1976, pp. 28-35.

Dentro del mundo hispánico e indohispano la representación respondió a una doble vertiente interpretativa: por un lado, los grabados de, o atribuidos a, fray Diego Valadés, que ilustran la *Rethorica Christiana* (1579), presentan entremezclados armoniosamente los elementos artísticos residuales del Medioevo, los estéticos del clasicismo humanista y los novedosos y exóticos del mundo indoamericano, y en ellos puede observarse que la maestría del fraile tlaxcalteca no desmerece nada frente a la del grabador De Bry.¹⁷ Por otro lado, los grabados y pictografías de inspiración y técnica indígena, realizados en su mayor parte por antiguos o recientes tlacuiles, incorporan la novedad aborígen americana, con máxima ingenuidad y voluntad estética admirable, al nuevo esquema cultural cristocentrista inaugurado por España en el Nuevo Mundo.¹⁸ La integración del ser y del espíritu del indio se realiza pues por el lado humanístico, pero también, según acabamos de exponer, por el lado autóctono. En los llamados códices posthispánicos, junto a los jeroglíficos tradicionales se añaden elementos nuevos procedentes del mundo español así como aclaraciones empleando la escritura fonética castellana o adaptando los signos fonéticos e inventando otros para los diversos vocablos indígenas.

Colón será el primer europeo que utilizando la idea preconcebida del buen salvaje, procedente como ya sabemos de la Antigüedad clásica, dotó a los naturales de América de esa cualidad y aperció a todo el mundo occidental cristiano de la existencia real del ente literario imaginado por los antiguos. A su espectacular informe siguieron inmediatamente las confirmaciones de Vespucio, de Mártir de Anglería y de muchos otros navegantes y exploradores que comprobaron, cada uno por su cuenta, la presencia *a posteriori* del *a priori* dionisiaco,¹⁹ el ya citado buen salvaje o filósofo desnudo que constituirá las delicias críticas de los humanistas europeos de los siglos XVI, XVII y XVIII. Se trata del hombre natural, hombre puro e incontaminado que, de acuerdo con Alfonso Reyes, como ya se dijo, anticipa al imaginado por Juan Jacobo Rousseau.

En 1529, adelantándose a todos los críticos y estudiosos de la

¹⁷ Sobre la personalidad del teólogo y probable grabador tlaxcalteca, véase Francisco de la Maza, "Fray Diego Valadés, escritor y grabador franciscano del siglo XVI", en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas* (México, UNAM), vol. 4, núm. 13 (1945), pp. 15-44; véase también Constantino Reyes Valerio, "Iconografía de un grabado de Fr. Diego Valadés", *Cuadernos Culhuacan* (México, SEP-INAH), 1975, pp. 13-18.

¹⁸ José Gaos, *Historia de nuestra idea del mundo*, México El Colegio de México, 1973, p. 221.

¹⁹ Relativo a Dionisio de Halicarnaso.

época, fray Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo, publicó su famosísimo *Reloj de Príncipes* o *Marco Aurelio*, una de las obras más leídas y traducidas de aquel tiempo. En dicho libro, de inigualable belleza literaria, incluye Guevara un singular episodio, "El Villano del Danubio", novelita didáctica, a la moda de entonces, donde el irónico fraile nos cuenta la irrupción en la corte imperial romana de un pobre rústico, ripario danubiense, que, ante el propio emperador filósofo Marco Aurelio y en presencia del Senado, se lamenta con sentenciosas y graves palabras, dignas del gran Cicerón, de los agravios y entuertos que un censor desafortado realizaba en el pueblo del quejoso.

Para hacer más dramático el discurso del villano querellante, más actual y real dentro de las circunstancias históricas que motivaron la acusación y denuncia forenses, valdría la pena que el lector trastrueque los personajes y lugares, y donde lea "villano" o "rústico" imagine indio o buen salvaje, donde lea "Marco Aurelio" piense en Carlos V; tome por Cortes españolas el "Senado", en lugar de "Roma" o "Italia" ponga España, en vez de "Germania", las Indias y tenga a los "romanos" por castellanos y a los capitanes de Roma por conquistadores españoles. Y por último, considere a los "padres conscriptos" o "senadores" procuradores castellanos.

Puesto, pues, en el medio del Senado aquel rústico —se lee en el discurso o plática del villano— díjoles así: "¡Oh padres conscriptos, oh pueblo venturoso! Yo el rústico Mileno, vecino que soy de las Riparias, ciudades del Danubio, salud a vosotros, los senadores romanos. . . Los tristes hados lo permitiendo, y nuestros ceñudos dioses nos desamparando, fue tal nuestra desdicha y mostróse a vosotros tan favorable ventura, que los superbos capitanes de Roma tomaron por fuerza de armas a nuestra tierra de Germania. . . Pregúntoos, oh romanos, qué acción teníades vosotros siendo criados cabe el río Tiberni, a nosotros, que nos estábamos en paz en las riberas del Danubio. . . Después que en este camino he visto las bravas montañas, las diversas provincias, las muchas naciones, las tierras ásperas, las gentes tan bárbaras, las muchas y muchas millas que hay de Germania a Roma, yo no sé qué locura le tomó a Roma de enviar a conquistar Germania; porque, si lo hizo con codicia de sus tesoros, sin comparación fue más el dinero que se gastó en conquistarla, y ahora se gasta en sustentarla, que no le renta ni rentará por muchos años Germania. Y podrá ser que primero la tenga perdida que no saquen la costa que hicieron por ello. Si me decís, romanos, que

no por más fue Germania conquistada de Roma, sino porque Roma tuviese esta gloria de verse señora de Germania, también es esto vanidad y locura; porque muy poco aprovecha tener los muros de los pueblos ganados, y tener los corazones de los vecinos perdidos... Si decís que nos enviásteis a conquistar a fin que no fuésemos bárbaros ni viviésemos como tiranos, sino que nos queríades hacer vivir debajo de buenas leyes y fueros, tal sea mi vida si la cosa así sucediera; pero ¿cómo es posible que vosotros déis orden de vivir a los extranjeros, pues quebrantáis las leyes de vuestros antepasados?... Si esto es verdad, como es verdad, conviene saber, que ni tuvo ocasión, ni menos razón, la superba Roma de conquistar ni tomar a la inocente Germania, pues vemos que... cada uno toma lo que puede y mata a quien quiere; y lo que es peor de todo, que tantos y tan grandes males, ni los que gobiernan los quieren remediar, ni los agraviados de ellos se osan quejar... Pues... ¿es verdad que nos guardáis justicia y tenéis en paz y tranquilidad la tierra? No por cierto, sino que los que van allá nos toman la hacienda, y los que estáis acá nos robáis la fama, diciendo que pues somos una gente sin ley, sin razón, sin rey, que como bárbaros incógnitos nos pueden tomar por esclavos. Muy engañados vivís en este caso, oh romanos, ca no me parece que con razón nos puedan llamar gente sin razón, pues tales cuales nos crearon nuestros dioses, nos estamos en nuestras casas propias, sin desear ni buscar ni tomar tierras ajenas. Con mucha más razón podemos decir ser vosotros gentes sin razón, pues no contentos con la dulce y fértil Italia, os andáis derramando sangre por toda la tierra. Que digáis nosotros merecer ser esclavos a causa que no tenemos príncipe que nos mande, ni Senado que nos gobierne, ni ejército que nos defienda; a esto os respondo que pues no teníamos enemigos, no curábamos de ejércitos, y que pues era cada uno contento con su suerte, no teníamos necesidad de superbo Senado que gobernase; que siendo como éramos todos iguales, no consentíamos haber entre nosotros príncipes; porque el oficio de los príncipes es suprimir a los tiranos y conservar en paz los pueblos. Que digáis no haber en nuestra tierra república ni policía, sino que vivíamos como viven los brutos animales en una montaña, tampoco en esto, como en lo otro, tenéis razón... Veo tantas tiranías en vuestros censores, hácese tantos robos a los míseros pobres, hay tantas disensiones en aquel reino, permítense tantos daños en aquella tierra, está tan robada la mísera república, hay tan pocos que ceden lo bueno, y espero tan poco remedio de aqueste Senado, que determino, como mal aventurado, desterrarme de mi casa y de mi dulce compañía, porque no vea con mis ojos cosa de tanta lástima... Si en algo os ha ofendido mi lengua, he aquí me tiendo en este suelo para que me

cortéis la cabeza, porque más quiero ganar honra en ofrecerme la muerte que no que la ganéis voostros conmigo en quitarme la vida."²⁰

Este extracto alegórico es, como escribe José Gaos, "una expresión más de la autocrítica de la España conquistadora de América, iniciada y llevada adelante con creciente volumen y eficacia por los evangelizadores".²¹ En este texto, así como en el del Padre Las Casas de 1552 (*Brevísima Relación*) y en los más representativos de toda la escuela iusnaturalista española del siglo xvi, se critica y condena la conquista del indio, se cuestiona la pretendida legitimidad de la develación de América y se formaliza la imagen del hombre primitivo, del indígena inocente y feliz, del paciente y elocuente buen salvaje que servirá a los posteriores humanistas y especialmente, como se dijo, a los filósofos ilustrados del Siglo de las Luces.

Lo que a un alto nivel intelectual de conocimiento crítico llevó a cabo Fray Antonio de Guevara con su interpolación novelada, lo van a realizar en un nivel popular Micael de Caravajal y Luis Hurtado de Toledo en la mascarada espiritual (inspirada en las medioevales danzas de la muerte) *Las Cortes de la Muerte a las cuales vienen todos los estados, y por vía de representación dan aviso a los vivientes y doctrina a los creyentes*.²² Como ocurre en este tipo de farsas, todos los personajes y estamentos sociales van desfilando ante la Muerte arbitrando cada quien sus razones para que su vida se alargue, mas la descarnada no hace caso de los alegatos y va remitiendo a cada quien al "oscuro", sin que valgan lloros, lamentos, desplantes o súplicas. La escena xviii nos presenta las cuitas de los dos filósofos: el triste (Heráclito) y el alegre (Demócrito), quienes dialogan sobre la corrompida edad en que vive el mundo y con añoranza se refieren a la vuelta a los orígenes, a la prístina Edad de Oro plena de inocencia y felicidad. Esta escena es prenuncio de la siguiente (xix) en la que aparece la novedad americana, la queja indiana con aires de utopía condolidada. Se trata de la incorporación del indígena a la historia cristiana occidental: la presencia del sufrido y buen salvaje en el escenario.

Los indios aprovechan su obligado desfile en las Cortes de la

²⁰ Hemos utilizado y transcrito los extractos del discurso del *Villano* que incluye Gaos, en su obra citada. Véase Biblioteca de Autores Españoles, Vol. LXC, pp. 160-165.

²¹ *Ibid.*, p. 224.

²² Véase nuestro ensayo crítico sobre este auto en *Historia Mexicana* (El Colegio de México), vol. 4 (1955) pp. 477-505. Se reproduce asimismo en nuestro *Ensayos, tareas y estudios históricos*, Jalapa, Universidad Veracruzana, 1962.

Muerte para exponer de viva voz todas las injusticias, todos los daños y abusos de que son objeto por parte de los españoles. Los autores utilizan los terribles alegatos que el Padre Las Casas empleó con santa furia en la *Brevisima* y los ponen en boca de los indios quejosos. Se condenan, por supuesto, la famosa hambre sagrada de oro de los conquistadores, sus desmanes, atropellos y asesinatos de gente inocente:

Por robar hacienda y fama
 ¿Qué hija, mujer ni hermana
 Tenemos que no haya sido
 Más que pública mundana
 Por esta gente tirana
 Que todo lo ha corrompido?
 Para sacar los anillos
 ¿Qué dedos no se cortaron?
 ¿Qué orejas para zarcillos?
 No rompieron con cuchillos?
 ¿Qué brazos no destrozaron
 ¿Qué vientres no traspasaron?
 Las espadas con gran lloro. . . ?

Las Indias son también imprecadas, anatematizadas, como provocadoras del desquiciamiento moral producido por el maldito oro ("tierra cocida") que en ellas abunda:

Dí India ¿por qué mostraste
 A Europa esos metales
 Falsos con que la llevaste,
 Y después nos la enviaste
 Cargada de tantos males?
 ¿No le bastaban las minas
 De pecados que tenía
 Tan profundas y continas
 Sino cargarlas de espinas
 Con que mata cada día?
 ¡Oh India, que diste puertas
 A los míseros mortales
 Para males y reyertas
 Las gargantas infernales!
 ¡India, abismo de pecados!
 ¡India, rica de maldades!
 ¡India, de desventurados!
 ¡India, que con tus ducados
 Entraron las torpedades!

Si uno recuerda que por el páramo manchego se to, ó don Quijote con la carreta del Auto de los Cortes de la Muerte, que iba representando por aquellos pueblos de Dios la compañía dirigida por Angulo el Malo, y que el Caballero de la Triste Figura, lanza en ristre, hizo correr aterrorizados a los pobres cómicos de la legua, se cae en la cuenta de la presencia del indio y de las Indias en la conciencia histórica popular española. Por lo tanto, resulta sumamente ilustrativo y emotivo comprobar cómo el tema crucial americano, el noble y dolido salvaje, fue motivo de reflexión, compasión y disputa no sólo en los círculos españoles cultivados, sino también en la conciencia lugareña, zafia y ruda, del rústico español de los siglos XVI y XVII. Opinión popular forjada en relación con el manso, cándido y desgraciado indio, el hombre natural provisto de razones persuasivas y justas, el hombre exento de codicia y sed de oro (vs. 86-100), extraño a las crudas guerras (v. 35), inermes y dichoso (vs. 251-260), incapaz de hacer daño (v. 262), inofensivo: "triste mona a quien todos tocan" (vs. 269-270).

La autocrítica española no se había detenido en la cabeza de humanistas y teólogos sino que la había desbordado y llevado a exaltada verdad al corazón del pueblo. Autocrítica original despiadada como ninguna otra nación antes o después se ha dado el contrito y mortificante lujo de realizar. La escena XIX del *Auto* viene a ser como una ventana por donde asomarse y ver por ella cómo se forja la opinión del pueblo relativa al indio. El vulgo español tomaba contacto, si no con él e, por lo menos con un trasunto idealizado del mismo: copia falsa, evidentemente, pero cierta en la conciencia viva de la gente durante tres siglos. Visión positiva ahora: el noble indio, el indio sosegado y bueno, el hombre en estado de naturaleza, mas no bruto y sin razón, como un animal, sino ente racional dotado de humanidad cristiana, compadecido y perfeccionado por la redención de Cristo. Este y no otro es el noble y buen salvaje que captó el pueblo español a través de la trashumante y polvorosa carreta del *Auto de las Cortes de la Muerte*, auto que llevó crítica, popular y cristianamente, el generoso mensaje indiano hasta los más apartados lugarejos de la tan vilipendiada cuanto incomprendida España.